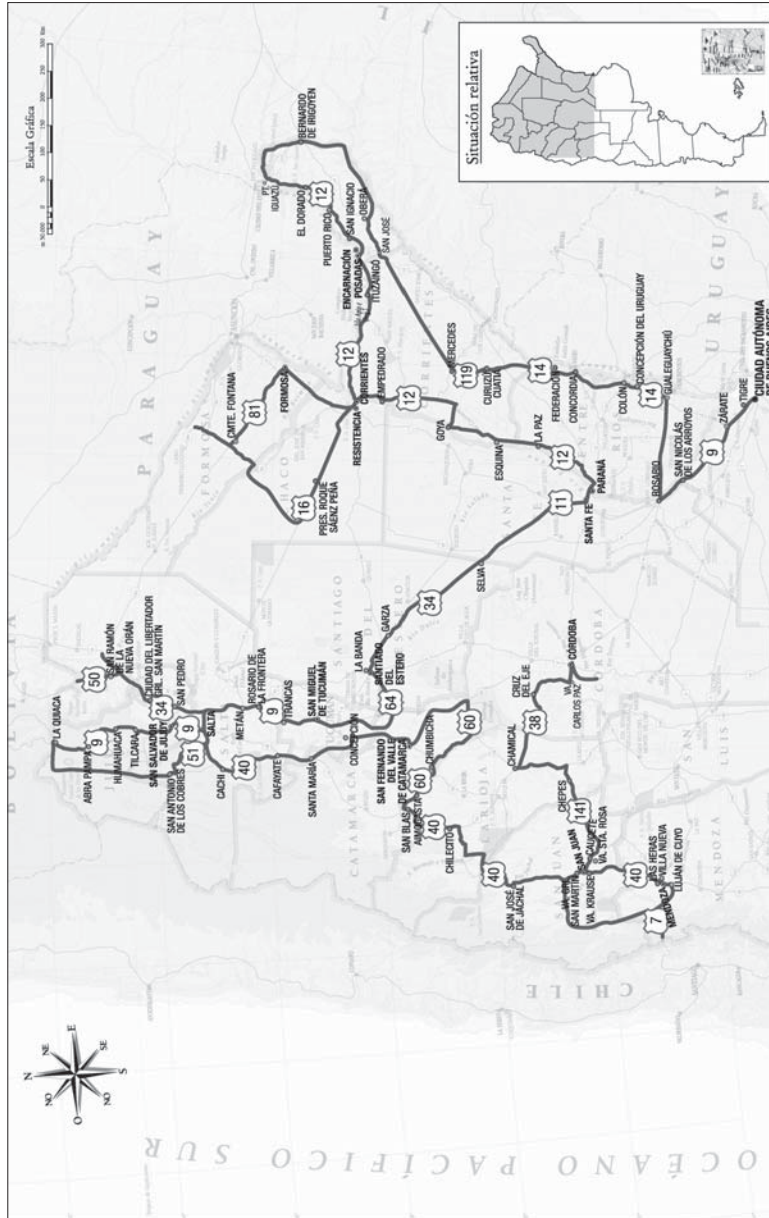


El Interior

Martín Caparrós

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES





La partida

Si es por buscar, mejor que busques —solía decirme— lo que nunca perdiste.

Yo a veces lo escuchaba, a veces no. Y ahora me pregunto por qué pienso en mi padre, tan argentino por opción —tan su acento español—, mientras termino de cargar el Erre con mis cosas, me subo, me aprieto el cinturón, le doy arranque.

A veces lo escuchaba.

Si es por buscar, mejor que busques, me decía. Yo sé que debería buscar algo; debería encontrar, primero, qué: puede ser largo. Quizás se llame la Argentina —pero me cuesta mucho pensar qué será eso. La Argentina es un invento, una abstracción: la forma de suponer que todo lo que voy a cruzarme de ahora en más conforma una unidad. La Argentina es una entelequia: casi tres millones de kilómetros de confusiones, variedades, diferencias, inquinas y querencias y un himno una bandera una frontera mismos jefes y, a veces, mismos goles. La Argentina es el único país al que nunca llegué. Erre arranca.

Hasta llegamos a creer, de tanto en tanto, que nuestra historia es una sola.

Vecinos, conciudadanos, tengo una mala noticia para darles: nos pasamos la vida haciendo equilibrio en una línea inexistente. Somos una línea inexistente. Si estamos en Buenos Aires tenemos dos opciones: de un lado está el interior, del otro el exterior; podemos ir al interior o al exterior. Si el interior y el exterior juntos forman un todo, entre los dos no hay nada: nosotros somos esa nada. Siempre lo sospechamos —y por eso, quién les dice, el tango.

Para subir a la autopista —en Buenos Aires todavía— cruzo un olor de parrilla y lapachos en flor. Como si la ciudad que relegó al interior al interior también tratara de afirmar su pertenencia a aquel folclore. Es probable que, para nosotros porteños, el interior sea más que nada un folclore: la zamba, la pobreza, el feudalismo, la pachorra, la inmensidad vacía —distintas formas de folclore. Para mí, supongo, también: tengo que verlo para no creerlo.

Ya en la autopista un cartel me tranquiliza: «Autopista vigilada por cámaras de TV». Quiero creer que estoy yendo a lugares que no están vigilados por cámaras de TV, que en realidad no están siquiera mostrados por esas cámaras que ha-



cen real o falso lo que miran o dejan de mirar. Quiero creerlo, pero no estoy seguro.

Sería tranquilizador poder decir que busco alguna esencia de la patria o, por lo menos, razones para pensar que somos algo todos juntos. Sería un alivio tener una misión. Pero no aspiro a tanto. Me contentaría con saber qué estoy buscando. Quizás, en el camino, lo consiga.

Es fácil salir de Buenos Aires. Salir de Buenos Aires no significa nada: cualquier porteño sale de Buenos Aires todo el tiempo, porque Buenos Aires incluye sus salidas, sus alrededores: al oeste y te estás yendo a Ezeiza, al norte y al Tigre o a Pilar, al sur y parece que fueras a La Plata. A primera vista parece que salir no fuese salir, sino ir a los satélites.

Pero eso cambia cuando el viajero sabe que se va lejos: entonces, la misma salida se transforma en algo muy distinto: el principio de un viaje. Y es un esfuerzo de la imaginación: el principio de un viaje siempre es un esfuerzo de la imaginación —como las despedidas. Las despedidas son ese momento extraño en que la ficción es necesaria, en que dos o más personas se entristecen y duelen por una separación imaginada, una distancia que todavía no existe —que va a existir pero que, en el momento del adiós, no es más que fantasía.

Hay una idea, muy bien establecida, que pretende que el Interior es la verdadera Argentina. En lo bueno —tradición, religión, historia viva, etcétera— y en lo malo —tradición, religión, historia viva, etcétera—. Frente a la solidez de esas raíces, Buenos Aires es lo lábil, lo sin identidad, la mezcla —más o menos— pervertida. Hay una idea —previa, necesaria— de que existe una verdadera Argentina, y otras falsas.

Voy sin tocar el suelo. Las autopistas no están apoyadas sobre la tierra: levitan a treinta, cuarenta centímetros —como aquella alfombrita de Ray Bradbury. El cuento era ingenioso: un grupo de turistas viaja al remotísimo pasado —tiempo de dinosaurios—, pero la empresa que los lleva les dice que tengan mucho cuidado de no interactuar de ningún modo con el entorno, porque cualquier pequeña modificación podría causar efectos tremebundos en el futuro donde viven. Para asegurarse de que no habrá accidentes, la empresa los hace caminar por una especie de sendero tendido a cincuenta centímetros del suelo, pero uno de los paseantes, sin

querer, mata una mariposa. Más tarde, cuando vuelven a su tiempo, descubren que, por el accidente, toda la evolución ha sido otra y el mundo —su mundo— es una monstruosidad incomprensible.

Yo no pienso en buscar lo auténtico. No creo que lo «puro» sea más auténtico que la mezcla —y además lo puro argentino es, como todos, una mezcla apenas anterior. Voy, sí, a mirar un país que en muchas cosas es distinto de la ciudad en donde vivo.

Supongamos que el Interior empieza a unos cien kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, en cualquier dirección. En tal caso, el Interior es un país enorme, de 22 millones de habitantes y una superficie de 2.783.000 kilómetros cuadrados, con una densidad de 8 habitantes por kilómetro cuadrado; la Argentina tiene una densidad de 11; el gran Buenos Aires ampliado, de 1.600 habitantes por kilómetro cuadrado. Por su extensión, el Interior es —como la Argentina— el octavo país del mundo, justo detrás de la India y delante de Kazajistán. Pero, a diferencia de mi ciudad, el Interior es un país semivacío.

Su producto bruto —cifras de 2004, las últimas completas— se puede calcular en unos 250.000 millones de pesos al año: como país, tiene un PBI comparable al de Perú o Kuwait. Cada habitante del Interior, entonces, tendría un ingreso anual promedio de 11.300 pesos —contra los 14.200 que se llevan los habitantes de la megalópolis Buenos Aires. La diferencia no es tan pronunciada, porque la equilibra la pobreza del Gran Buenos Aires.

Nada sería peor
que convertirme
en un decorador de interiores.

Mejor que busques, me decía.

A los costados de la autopista ya no se ven casas ni calles, pero esto sigue siendo Buenos Aires. El menemismo perfeccionó el concepto de Gran Buenos Aires achicando Buenos Aires: al transformarla en una ciudad más pobre y —dicen— más peligrosa, tuvo que integrar zonas que antes no eran suyas. Para tranquilizar a los ricos inventó comarcas, que antes no existían, donde los acaudalados aprensivos pueden vivir estilo campo y trabajar en la ciudad. O sea que ahora hay signos de la ciudad hasta mucho más allá de la ciudad. Cuando el Erre deja atrás esos últimos

16 | Martín Caparrós

signos —corralones, restaurantes, el shopping, el gran hotel de lujo— está llegando al Interior.

¿Salir hacia el Interior sería entonces entrar? ¿Dónde?

Mejor que busques.

Buenos Aires-San Nicolás

La autopista de Buenos Aires a Rosario es una raya prolija derecha sólida a través de un campo tan correcto. El campo está ahí para mirar. Las autopistas ofrecen la ilusión de no deberle nada al espacio circundante. Convierten el espacio circundante en un paisaje. Uno va por el mundo de los coches —autosuficiente, autocontenido, completo— que ofrece paradas acotadas con los combustibles que los coches precisan y las papas fritas que los choferes pueden llegar a usar y la gaseosa el mingitorio el pirulín para los chicos. A los costados está el mundo y no lo necesitamos para nada. De hecho, aunque quisiéramos, no lo podríamos alcanzar: estamos encerrados.

La autopista no es un espacio: es un transporte.

Algo en la luz
que las nubes convierten en docenas de rayos.
Abajo el verde es uniforme:
soja.

Atravieso doscientos kilómetros de monocultivo. Miles, miles y miles de hectáreas de soja una detrás de otra. El mismo color, la misma forma, la misma textura todo a lo largo del camino: la belleza de un campo bien plantado, bien domado. El color uniforme, las alturas parejas, la textura continua, una victoria del artificio sobre la naturaleza. Hombres que imponen sus ideas.

Al costado del camino un cementerio chico con cuatro cipreses y sobre la pared blanqueada un aviso de yerba Romance. Querría saber qué estoy buscando.

La pampa se escapa a los costados. La dejo ir: ya me detendré en la pampa más adelante, cuando haya recorrido lo que está más arriba, o sea: las regiones que hicieron la Argentina.

El país se puede dividir de tantas formas: de hecho, este país se ha especializado en dividirse. Pero he dado con una división que me interesa: están, por un lado, al norte de Buenos Aires, las regiones que crearon la Argentina; y, por otro, al sur, las regiones que la Argentina creó.

Mendoza, Salta, Córdoba o Misiones existían antes de ser argentinas, antes de que la Argentina existiera —y, de algún modo, la formaron. Se podía ser mendocino, salteño, cordobés, misionero antes de que la idea de ser argentino apareciera. La mayor parte de la Pampa y toda la Patagonia, en cambio, fueron conformadas por la Argentina: son su efecto, las tierras que los argentinos —cuando ya lo eran— ocuparon para armar la Argentina.

En estas tierras nada
que pueda parecer
celeste, blanco.

La bandera argentina no es verde o parda como sus tierras, marrón como sus grandes ríos. Hay un país cuyo color está en el cielo —siempre un poco más allá, como el horizonte, como El Dorado— y no en la tierra. La gran promesa siempre. La búsqueda, decíamos.

Hace tiempo escribí que las autopistas eran la única prueba fehaciente de la existencia de dios —y lo decía, en una novela llamada *Un día en la vida de Dios*, el personaje Dios: «Habíamos entrado en una carretera ancha, bien asfaltada, ya muy cerca de Santa Fe: autos y camiones nos cruzaban y esquivaban y adelantaban sin parar. Nunca había visto una danza tan estremecedora como esa procesión de bólidos lanzados por ese espacio estrecho: habría bastado con que uno modificase ligeramente su posición, su ritmo, su velocidad para que restallara la catástrofe. No hay partículas en todo el orden físico tan cerca del desastre todo el tiempo, pensé, y me dio un arranque de orgullo: algo en el tercer pedrusco (*la Tierra*) debía estar bien hecho si cosas como ésta funcionaban. Las autopistas deberían ser una prueba de mi existencia o, mejor: de mi utilidad —en vez de buscarlas en vaya a saber qué raros enunciados filosóficos— pensé, y me reí sin ruido».

El balneario se estira a lo largo de un río. Hoy es domingo, hace calor y en el balneario municipal de San Nicolás hay un río un poco chico para ser el Paraná, un estanque muy grande con una gran ducha en el medio, mucha gente pescando poco, algunas vacas, ese color marrón de casi todo. Una pareja de treinta y pico camina de la mano: ella es gorda, él muy flaco y lleva una canasta de mimbre con el mate y unas facturas que convocan moscas: no se miran. La cumbia se oye al fondo, casi pudorosa. Todo reboza de chicos en cueros, camisetas de fútbol, sauces, sauces; dos nenas de

diez no saben cómo hacer para agarrar a Bobby y meterlo en el bote; quieren cruzar el río, el botero se aburre. El botero tiene una boina negra de paisano. El perro tampoco tiene raza definida. Hay mucha transpiración, hay muchas siestas, hay ese modo de ser del tiempo cuando hace todo por disimularse. Hay mucha carne sin gimnasio, mucho coche viejo, bastantes bicicletas y sillitas plegables y juguetes de plástico: todo lleno de plástico. Hubo tiempos en que el plástico era una aspiración, pero esos tiempos pasaron hace mucho. Pescan: los hombres pescan. Las cañas de pescar son chicas; bastantes son, incluso, cañas. Mucha chancleta, bastantes menos besos. Un chico y una chica de quince caminan abrazados como si fuera la primera vez, agarrándose fuerte para mostrar que se poseen. Un morocho en triciclo vende medio kilo de helado por tres pesos. Otro en otro vende pororó. En algunas motos van familias. Muchos comen sandía y se chorean. Uno le dice a su mujer que no entiende por qué siguen viniendo los domingos si para ellos todos los días es domingo; la mujer le dice que no hay que desbandarse, que si no cuando consiga trabajo va a estar lleno de malas costumbres, y que al balneario uno va los domingos. El hombre la mira sin fastidio: admirativo.

Gloria de los domingos: hacer de la vida algo distinto. Peor, mejor: distinto.

- Vieja, no me digas que te olvidaste de traer los bizcochitos.
- No, Ricardo, ahí están.
- ¿Dónde, vieja?
- Ahí, ¿no los ves?
- No, éstos son los cuernitos.
- ¿Y no te da lo mismo?

Me gusta escuchar: viajar es, más que nada, un ejercicio de la escucha. Pero me agota, por momentos. Escuchar es tanto más cansador que hablar: uno habla con sus propias palabras, con lo que ya conoce y, salvo epifanías, se sorprende muy poco. Escuchar, en cambio —no digo oír, digo escuchar— necesita una atención muy especial: esperar lo inesperado todo el tiempo.

Provincia de Santa Fe

Villa Constitución

«He visto las entrañas del monstruo», dijo José Martí, el gran cronista; yo también las estoy viendo pero es otro. Martí hablaba de sus años en los Estados Unidos; yo digo este galpón de tres cuadras de largo y diez pisos de alto donde muy pocos trabajadores manejan máquinas tremendas: el monstruo escupe fuego para hacer acero. Aquí, ahora, en este espacio enorme gris espeluznante hay rayos, fuego, truenos, materia líquida que debería ser sólida: el principio del mundo cuarenta y cuatro veces cada día. Aquí, ahora, en este espacio de posguerra nuclear hay caños como ríos, las grúas dinosaurias, las llamas hechas chorro, sus chispas en torrente, cables, el humo negro, azul, azufre, gotas incandescentes en el aire, el polvo de la escoria, las escaleras, los conductos, los guinches como pájaros monstruosos, olor a hierro ardiendo, mugre, sirenas, estallidos, plataformas, calor en llamaradas, las ollas tremebundas donde se cuecen los metales y, muy imperceptibles, los hombres con sus cascos antiparras máscaras tan minúsculos —que parecen casi nada si no fuera porque todo esto es puro hombre, obra del hombre, bravata de los hombres, naturaleza dominada. Aquí se hace el acero —y el acero, después, hace todo el resto.

La nave donde se produce el acero de Acindar en Villa Constitución es uno de los paisajes más imponentes que he visto en mi vida, digo: uno de los paisajes más imponentes que jamás he visto.

Acindar fue fundado en 1942 —cuando la Argentina descubrió que tenía que sustituir ciertas importaciones y pensaba, todavía, que era capaz de hacer casi cualquier cosa: acero, por ejemplo. Durante décadas, Acindar —y las demás siderúrgicas del Paraná— produjeron buena parte del metal que se usó en el país. A partir de los ochentas vinieron tiempos flacos; en los últimos años, con la nueva sustitución de importaciones, Acindar ha vuelto a ser un hervidero. Sólo que ahora es brasileño.

La luz rojiza
amarillenta
verde:
luz de lava.

Acindar es un monstruo que consume, cada día, la misma cantidad de gas que todo Rosario. Este año sus dos mil trabajadores van a producir unas mil quinientas toneladas de productos de acero para el agro, la construcción, la industria. Acindar funciona a pleno —e incluso tiene que rechazar pedidos o importar mercadería para satisfacer los que no puede desechar por cuestiones de relaciones públicas. Hace treinta años el costo laboral de sus productos era del 23 por ciento; ahora es solamente el 11. Dicho así suena técnico: dicho de otra manera, significa que los obreros han perdido, en estos años, la mitad de lo que antes ganaban.

Cuando yo era chico Villa Constitución era prácticamente el único lugar del país donde los sindicalistas de izquierda le ganaron a la burocracia del poderosísimo gremio metalúrgico. Ahora burocracia sindical suena muy viejo y la época del poder metalúrgico está acabada. Lo que parece eterno también desaparece.

—Bueno, no hicimos la revolución, pero por lo menos hemos mantenido una línea de conducta, y conseguimos cosas para los compañeros, cosas concretas, que se pueden tocar con las dos manos. Ahora tenemos una mutual que funciona bien, estamos terminando la sede nueva, empezamos a construir las viviendas, hicimos esta clínica que la verdad que es un orgullo...

Me dice Alberto Piccinini. Yo escuché hablar por primera vez de Piccinini a principios de 1974; en esos días él era un dirigente gremial metalúrgico de Acindar, aquí en Villa Constitución, y habían tomado la fábrica, contra la patronal y contra la famosa burocracia de Vandor, Rucci y Lorenzo Miguel. Otros gremios ya lo habían intentado, pero la UOM era el corazón del poder sindicalista. Los muchachos de Villa Constitución lo consiguieron; en noviembre del '74 Piccinini era elegido secretario general; tres meses después los matones de la UOM lo desalojaron a sangre y fuego. Piccinini se pasó varios años preso; cuando salió, a fines de 1980, en libertad vigilada, sobrevivió con trabajitos hasta que llegó el día que, me cuenta ahora, marcó toda su vida. Para el relato es bueno pensar que hay un día, diez minutos, una hora que te definen para siempre:

—El 6 de diciembre de 1982 la CGT de Ubaldini largó un paro general. Yo en esa época vendía seguros; me acuerdo que esa mañana lo fui a ver al Tito Martín, un dirigente comunista de acá, que aunque era comunista

era muy respetado, y me dijo che, qué vergüenza los muchachos de Acindar, carnerearon la huelga. Y yo le dije cómo, y él me dijo sí, entraron todos, los del turno mañana entraron todos, y la verdad me dio mucha vergüenza. Entonces agarré un compañero que también estaba como yo, en la vía, y le dije che, vamos a hacer algo y él me dijo estás loco, nos van a meter de vuelta en cana; yo le dije vamos y vemos qué podemos hacer. Entonces nos fuimos a la planta, a eso de la una y media, para estar ahí cuando llegara el turno de la tarde. Éramos cinco; les dije a los otros cuatro bueno, parense por ahí, háganse un poco los boludos y si ven que me meten en cana rajen, no vale la pena que nos agarren a todos, y me paré como a cincuenta, sesenta metros de la entrada. En esas veo que llega el primer colectivo de la empresa, con obreros. Yo estaba ahí parado y los veo que vienen y eran todas caras nuevas, dije uy, éstos no me van a conocer pero pensé bueno, igual tengo que intentar, entonces empecé con la arenga: compañeros, es una vergüenza que los trabajadores de Acindar estemos carnereando, quédense, no entren. Y yo veía que los tipos me miraban medio raro y pensé que ahí se decidía todo: si estos tipos no me dan bola yo me tengo que dedicar a otra cosa, yo qué le voy a hacer, quiere decir que ya no soy nada para ellos. Fue un momento tremendo. Y de golpe en el fondo alguno gritó Picci, estás acá, qué grande, y después otro, y los muchachos se empezaron a juntar alrededor mío y entonces llegó el segundo colectivo y ya eran como setenta, cien. Yo les hablaba y les decía compañeros hagamos una asamblea y discutamos, si después quieren entrar entran pero por lo menos discutimos, a mí me da vergüenza que los metalúrgicos de Acindar seamos unos carneros. Entonces hicimos la asamblea y se votó no entrar, y ahí se decidió otra vez mi vida: por eso la agrupación que tenemos en el sindicato se llama 6 de diciembre.

Me dice ahora Alberto Piccinini que, junto con Victorio Paulón, recuperó el sindicato en el '84 y lo dirige desde entonces. Desde entonces fue también dirigente de la CTA, delegado a la Constituyente, diputado nacional por el ARI, pero se decepcionó de la política nacional y me dice que estuvo pensando qué hacer y que para no ir a quebrarse en un rincón lo que va a hacer es volver a Villa, a su lugar:

—Yo no sé, ahora la política es tan distinta de los setenta. En esa época por lo menos teníamos un sueño todos juntos, con todas las diferencias, pero por lo menos compartíamos un sueño, unos proyectos. Ahora todo es individualismo, en la política nacional y en toda la sociedad. En-

tonces yo creo que lo que tenemos que hacer es empezar a construir de abajo, desde lo local...

Me dice y me cuenta cómo están armando un proyecto para tirarse a la intendencia de Villa Constitución y seguir haciendo cosas concretas, que se puedan tocar con las dos manos.

—Para mí ser argentino es un poco raro. ¿Viste que nosotros no nos ayudamos como se ayudan los judíos, los chinos, esos tipos?

y mirá que este país tiene todo para ser un gran país pero decí que los políticos son todos corruptos y afanan, nos afanan, acá todos afanan, el que no es político es chorro la cosa es que todos te afanan y la gente es buena, a veces de tan buena más parece boluda pero es buena, el argentino en el fondo es bueno, se hace el vivo, sí, a veces se te agranda pero no lo hace de maldad, el argentino es buena gente, hace lo que puede, el problema es que siempre lo garcan y encima el criollo es medio vago, tendríamos que trabajar para salir adelante pero tampoco hay cultura del trabajo, no, ahora ni hay trabajo, hay muy poco trabajo, la verdad que el que tiene un trabajo tiene suerte, para uno que tiene hay veinte que quisieran, no, para qué voy a trabajar si no me pagan nada no, por esa guita no me rinde, me sale más caro el colectivo, todo sube, todo sube porque no hay quien ponga orden y cada cual hace lo que quiere, lo que se le canta, acá la administración es un desastre y los privados lo único que quieren es llenarse de plata y al resto que lo parta un rayo y peor el estado, el estado si te da es porque quiere aprovecharse, ahí sí que son todos unos tráfugas prendidos de la teta se agarran de la teta y no la sueltan habría que rajarlos a todos y que vayan a laburar, que trabajen como todo el mundo, que se pelen el orto como todos que encima si después te enfermás estás jodido, la salud es una porquería porque desvían la guita para cualquier lado y las escuelas son muy malas porque les conviene que seamos una manga de brutos, a ellos les conviene pero fijate justo acá que vos tirás una rama en el suelo y crece un árbol, un país tan rico cómo puede ser que no haya comida para todos, tenemos todos los climas y todos los paisajes y están los chicos en patas, los que piden, los cartoneros ésos, los tipos de las villas, los jefes y jefas que no quieren hacer nada porque ya tienen los ciento cincuenta mangos en la mano, los desocupados, los perdidos, vos viste que hay algunos que ya tiraron la toalla y no esperan más nada, pobres tipos, están las pibas que empiezan a parir de tan pendejas y siguen pariendo y pariendo

son como conejos, los pobres son como conejos, sí, por supuesto que están los delincuentes, está lleno de delincuentes pero no hay tantos, muchos son extranjeros a menos que te vayas a meter en una villa ahí sí que la cosa está jodida, depende de los lugares aunque ahora ya no se puede estar seguro en ningún lado, antes ahí había una fábrica textil y la cerraron, se fueron, se llevaron la guita vaya a saber adónde, se acabó, si se levantaría el abuelo quién sabe qué diría pobre tano, con lo labrador que era, si el argentino ni siquiera necesita mucho, con su asadito y su vaso de vino y su partido de fútbol y su familia y su minita está tranquilo, qué más quiere, una casita para estar tranquilo, un coche, nada raro y con el país que tenemos eso lo tendríamos que tener sin problema pero acá lo que pasa es que todos roban parece mentira que haya tantos ladrones y eso que los argentinos somos tan buena gente pero siempre nos va mal por culpa de esos hijos de puta, cuando se van a ir de una buena vez por todas a la mierda y dejarnos el país para nosotros, la gente de bien, los verdaderos argentinos.

Me preguntaba, para empezar, qué tendría que mirar: cómo se arma un país.